

ESCUCHO EL VIENTO DE OTOÑO

por José Antonio Lugo

A Susana Castro

*"Si puedes ir más allá
del dolor inmediato, verás
que perfecta es la lógica
del amor para quien está
dispuesto a morir por él".*

Lawrence Durrell.

El viejo sótano en el que los recuerdos cobran vida. En la noche poblada de ensueños, el que se inventa a sí mismo guarda en sus manos de niño una botella cuyo contenido imita el flujo del mar, con su mismo cielo y el sol que alegra la oscuridad del desván como en un daguerrotipo color sepia. Poco a poco la contemplación de los recuerdos y de los últimos rayos naranja le devolvieron a la anciana habitación su pesadez y su silencio . . .

Al despertar, aproveché la salida de mis padres para buscar a tientas la primera botella de vino. Recorrí la cava ansioso ante las alegres etiquetas y con el íntimo deseo de ser detenido antes de abrirla. Tomé la que me impresionó por su donaire. Me recordó aquella cena de escotes y corbatas de seda. Tomé un sacacorchos. Apreté el vino entre mis piernas como si fuera el Universo entero y casi sin darme cuenta, mi boca se posó sobre sus labios espumosos. Era tan grande mi sensación de plenitud al sentir su calor esparciéndose por mi cuerpo, como si de ella hubiera nacido la rosa inalcanzable. Ceñida entre mis brazos, frágil, me sugería placeres que no logre alcanzar. Una tristeza desconocida me embargó, mi tiempo se prolongaba, me oprimía.

El encanto se esfumaba, al tiempo que los pétalos de la rosa morían como las viejas fotos del último cajón del clóset. La garganta de la botella recuperó su forma normal mientras los pétalos yacían pisoteados más allá del tiempo.

Ahora soy prisionero de mi botella y devoro las líneas desnudas de mi mano, sueños de la palabra que se dejan amar sin condiciones, como las hojas de un viejo libro que aún aguardan la primera noche con el lector.

Preso en la incertidumbre, en un laberinto de espejos que multiplicaba sus distintas máscaras como si fueran remordimientos, su soledad le hizo soñar un mundo, donde el espíritu se independiza del cuerpo y en el que al llegar las almas a una edad determinada, podían elegir que su cuerpo se avejentara hasta la muerte o que retrocediera hasta el comienzo, conservando el recuerdo y la experiencia en la más tierna edad o en aquella en que el pecho se encorva.

En un extremo de este laberinto surge una pareja, dos espíritus que buscan caminos distintos, ella hacia la vejez, él hacia la infancia. Bebé de un día, vieja a la que sólo le restan veinticuatro horas, poseedores y prisioneros del mismo instante.

La diferencia de edades aumenta cada día, aunque se conocieron casi de la misma edad. Mañana, ella será tan vieja como su madre, más tarde como su abuela, hoy, que es un mañana más lejano que el futuro, son unos labios gozosos y unos senos flácidos, manitas ahora no prometedoras, ojos cansados de niño, cuerpo sostenido por manos arrugadas y corvas estúpidas.

El se prende de ella como un hijo puede hacerlo de su madre, con la avidez del que espera el alimento y se sabe inútil, del que ansía la posesión para sobrevivir a su soledad -el objeto del deseo vuelto misterio al penetrar la herida- ¿no será siempre el hombre un niño al abrazar la cintura ansiosa? Arcanos misterios que la mujer oculta, acogedores, indescifrables páramos. . .

En el extremo de este laberinto, otra pareja de ansias con rostros humanos, los dos decidieron el retorno a la infancia. Está cercano el fin o el principio, forman la pareja jóvenes que son como anteriores al pecado mismo; hastiados de experiencia, en sus almas surcan arrugas ególatras.

Los ahora bebés ejecutan caricias egoístas y toscos movimientos lúbricos, cuerpos enlazados por el vacío del instante supremo, la búsqueda de la felicidad por el camino más difícil: "El sexo no es más que un torpe intento de ensamblaje psíquico", cuerpos impotentes, deseos siempre contenidos: el utilizar al cuerpo como justificación de entrega imaginaria; amargo deseo de posesión, brazos y piernas atrayéndose como ventosas, torpe enlazamiento de vanidades y de miedos. . .

Despierto. Veo a una mujer en la flor de su madurez, representa mi ideal de realización personal y la necesidad de una compañera. No está muy lejos, sólo a unas cuantas máscaras. Cuando veo sus imágenes en el espejo, nunca sé si sólo soy una más de ellas. Cada espejo que atravieso con mi dolor, otra máscara a la que escupo mientras recibo el impacto en mi cara. Ella siempre está a la misma distancia, ahora se encuentra donde comencé la búsqueda.

Estoy encerrado en el fondo de la botella. No hay nada. Paredes sobrehumanas de cristal. Los espejos ya también me olvidaron.

Nunca estuve tan cerca de esa mujer, de la rosa inalcanzable, de mí mismo, como cuando empecé a buscar sin rumbo fijo.

La realidad se esfuma dejando paso a los recuerdos, grilletes infatigables. Es imposible escalar las paredes lisas donde ya no hay pasión. Juguetes deshechos, muñecas con canas, cerraduras violadas, viejos cofres vacíos. . .

Se convenció de la inutilidad de otro esfuerzo al mismo tiempo que sentía a la pluma negarse a mi martirio. Por su mente cruzó la rápida sucesión de olvidos: la botella, la rosa, los libros, las parejas egoístas. Ella, la irreal; ella, la que reposa en sus brazos.

Y simultáneamente nos dimos cuenta de que el que se inventa a sí mismo y yo somos uno sólo, que la botella existe tal como la vida y la pluma, que los dos somos el mismo camino, el que fui y el que creí ser. Somos viejos. Soy viejo.

Y al sentir su cabeza inclinarse sobre el pecho con el cansancio que solo la eternidad provoca, mi mano se negó lentamente a continuar.